

Rebeca Yanke

LA CIENCIA DE LA AMABILIDAD

Y OTRAS VIRTUDES OLVIDADAS
PARA ÉPOCAS DE INCERTIDUMBRE

la esfera  de los libros

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción. Currículum viral</i>	17
Capítulo 1. 2020	31
Capítulo 2. Lo único cierto es lo incierto	53
Capítulo 3. Humildad, el otro antídoto	67
Capítulo 4. La ciencia de la amabilidad	89
Capítulo 5. El poder del pudor	113
Capítulo 6. La muerte y la verdad	133
Capítulo 7. La soledad. El gozo de estar solo .	153
Capítulo 8. El cuidado esencial	167
Capítulo 9. 2021	183
<i>Epílogo. Modales para el siglo XXI</i>	203

Introducción

CURRÍCULUM VIRAL

En mi documento de identidad dice que nací en Bilbao, pero me gusta decir que soy de Getxo, porque era lo que decía mi abuelo: «No, yo de Bilbao no soy, soy de Getxo». Y en realidad es cierto, pues uno es, creo, de donde ha vivido, y yo a Bilbao iba para ir al cine, de compras o a la cena de fin de curso con los amigos. Hasta los veintitrés años viví allí, en casi todas las localidades que lo integran y que hacen que forme un municipio. Getxo es ya ciudad, imagino.

Es un pequeño paraíso, pues hay playas (Bilbao no tiene), muelles, puentes, puertos, botes, la típica gastronomía vasca con un aire de grandeza extra y mucha gente que pasea. Allí pasear es una costumbre ancestral. Se puede pasear en pareja, solo o con amigos, pero si se pasea en familia se responde por completo a la imagen de Getxo como un oasis vasco, un lugar

donde se puede vivir. Es más, donde se puede vivir bien, donde hay calidad de vida.

En la época en la que crecí allí no había tregua por parte del grupo terrorista ETA. Fernando Aramburu aún no había escrito *Patria* y mucho menos se había rodado la serie homónima de HBO. La historia del mundo nos dice que la tragedia termina siempre convirtiéndose en espectáculo. Y quizá, después, en tragedia de nuevo, y así siempre. Tragedia-espectáculo.

El oasis *getxotarra* no te eximía de vivir una bomba, o de que a tu vecino lo mataran de un tiro en la nuca, una de las formas preferidas de asesinato de los terroristas, cuando mataban en plena calle, a cualquier hora del día. Durante una época viví enfrente de una urbanización donde residían las familias de los guardias civiles. Aquellos niños tenían pocos amiguitos si hacían su fiesta de cumpleaños en casa. Porque entonces todavía se hacían fiestas de cumpleaños en casa, con sus panchitos naranjas y sus patatas y la posibilidad de mezclar Coca-cola con Fanta y de tomar medias noches de nocilla. Hace poco que los niños españoles estuvieron meses enfierrados en casa por la pandemia del coronavirus, y es poco probable que fiestas de cumpleaños infantiles —con padres y familia acompañando— vayan a materializarse en el futuro más cercano. Hemos tenido que cambiarlo todo: costumbres, normas, hábitos, manías y protocolos.

Mis padres siempre me dejaron ir a las fiestas de los hijos de agentes de la Guardia Civil. Yo no iba con miedo, sino bastante orgullosa de que me dejaran ir. No entendía nada en aquel momento, creo que tenía ocho, tal vez diez años. En aquella misma época mataron a un guardia civil en mi calle, precisamente en la puerta de mi casa. Cuando me dejaron salir todavía estaba el hombre cubierto con una sábana blanca llena de rojos. La violencia parecía muy de andar por casa, pero no, mataba. Nunca dejó de morirse nadie hasta hace un tiempo. Por eso, pensar en la muerte de alguien más me produce escalofríos y miedo, muchísimo miedo.

Algo con lo que también conviven en los últimos tiempos no solo los españoles, sino el resto de los habitantes de este loco mundo. Igualmente se han visto alterados los duelos, hemos aprendido a despedirnos sin despedirnos, y a veces hasta sin vernos. A lo largo de las próximas páginas se abordarán no solo las virtudes que mejor pueden acompañarnos en estos momentos, que son, al cabo, las de siempre, sino que además se señalarán aquellas nuevas y necesarias formas de vida que, con la prudencia por bandera, pueden servir para algo tan importante como la continuidad del ser humano y la vida tal y como la conocemos. O conocíamos...

Unas tres casas después de aquel incidente de la sábana llena de rojos, yo vivía ya con mis abuelos, y la tensión política que existía en el País Vasco comenzó a formar parte de mi vida diaria. Mis padres, que

no eran especialmente políticos, que no eran especialmente religiosos, que no eran especialmente nada excepto desgraciados, ya se habían muerto, yo tenía dieciséis años y mi abuelo se sentaba en su sillón orejero y decía que Arzalluz era el diablo. En aquella casa, en la que siempre hubo alrededor de diez personas durante mi adolescencia, la gente se peleaba por la prensa y por los suplementos. Especialmente si era domingo.

Mis dos hermanos pequeños y yo vivíamos con mis tías, mis primos venían todos los días; había una señora que limpiaba y hacía la comida y mi abuela, que era una mujer muy lista, dirigía nuestras vidas desde su silla de ruedas. Mi abuelo salía todas las mañanas de domingo y volvía con *El País*, *El Mundo*, *ABC*, pero en casa ya se había recibido, en la puerta, el diario *El Correo Español/El Pueblo Vasco*.

Todos en aquella casa oían la radio, y la televisión también formaba parte de esa eterna conversación familiar sobre política, cultura, religión y ¡moral! La verdad es que aquella casa parecía muy liberal, sus habitantes muy capaces de hablar, excepto del dolor; no sé si porque los vascos son así, recios, duros, o porque, realmente, aquella casa, y esa familia, la mía, terminó sufriendo mucho y, al cabo, hablar del dolor, cada uno del suyo, no hacía más que incrementarlo. Por eso a veces se escribe llorando.

Mi abuela, que escribía cartas a Felipe González aleccionándole sobre el aborto, parecía consciente de que iba a morir pronto porque, con el tiempo, me he dado cuenta de que intentó darnos una educación exprés. Como si pensara: «Bueno, a ver, tengo que explicarles todo lo necesario en los próximos cuatro años». Fue ella la que consiguió que yo dejara de estar continuamente en casa leyendo, aun teniendo amigos. No hice otra cosa durante todos los años de instituto. Tenía amigas, a veces salía, pero lo que yo realmente quería, y eso hacía, era quedarme en casa leyendo.

No sé si lo sabe alguien, pero cuando llegaba del instituto a las tres y media de la tarde, después de comer lo que la señora Isabel me había dejado en una bandeja, en la cocina, me iba a la habitación de mi abuela, ella siempre estaba junto a la ventana, y me tumbaba en su cama y en la de mi abuelo, aquellas dos camas enormes en realidad, aunque juntas, que a saber dónde están ahora, o si siguen existiendo, y mi abuela, que se llamaba Begoña, leía los Evangelios. A veces, después, me explicaba cosas.

Si sé hacer croquetas es porque ella me dictó cómo hacerlas. Y entre aquella habitación, con ella en su silla de ruedas, y la cocina se interponía el resto entero de la casa. Pero yo la oía. Fue ella la que me animó a irme a Estados Unidos el verano anterior a comenzar Periodismo en la Universidad del País Vasco. Ella, seguramente, quien me animaba a escribir cartas desde

allí, ella la que me escribía, la que hacía al resto de mi familia escribirme.

En aquella primera incursión estadounidense fui a dos clases interesantes en Bucknell University, una sobre escritores homosexuales y otra sobre literatura medieval, francesa e inglesa. Fue un poco loco descubrir que uno de los escritores que acababa de leer, Michael Chabon, autor que me había recomendado mi tía Sofía, hermana de mi padre, fuera uno de los autores homosexuales a estudiar. Yo ni siquiera sabía que era homosexual, tampoco que lo fuera Patricia Highsmith.

Me encantaban las dos novelas de Chabon que había leído, *Los misterios de Pittsburgh* y *Chicos prodigiosos*, de la que luego hicieron una película con Michael Douglas y Robert Downey Jr., si no recuerdo mal. En la clase sobre literatura medieval no pude aportar mucho, pero a mis compañeros les encantaba cuando leía el texto antiguo. A la profesora también. Me invitó a cenar una de las últimas noches, junto a otras dos estudiantes. Nos dijo: «Yo termino, ustedes empiezan, hagan algo como esto cuando les suceda lo que a mí». Lo decía contenta.

Cuando volví a España las clases de Periodismo ya habían comenzado. Tenía amigos en la carrera. Mi amiga Lenda, con la que fui al colegio. Mi amiga Cristina, a la que conocía de los veranos en Castro Urdiales, adonde se fue a vivir mi padre pocos años antes

de morir. Ahora, mientras escribo, me alegra pensar que, al menos, durante sus últimos años mi padre pudo vivir como quiso. Sé que fue feliz. Bajaba a la piscina de aquella urbanización pequeñita en camiseta y con un pareo rojo. Pocos hombres usaban pareo en los noventa. También tenía un sombrero panameño. Era un hombre guapo y simpático. Un hombre capaz de cometer los peores errores por las mejores razones. Nunca vi llorar tanto a mi abuela como cuando se murió. Lloró más que cuando murió mi abuelo, unos años después. Desde entonces sé que, si bien es difícil, es una puta mierda, perder a tus padres siendo joven, perder a tus hijos es mucho peor. Es de hecho antinatural. Al fin y al cabo, uno ha de enterrar a sus padres. Eso sería lo normal.

Yo fui ejerciendo esa normalidad desde los quince años hasta los veintidós, exactamente así, como se requería de mí, con absoluta regularidad. Y así hice la carrera de Periodismo, con gusto, con buenas notas. El hermano mayor de mi padre era periodista y era el orgullo de la familia. Creo que cuando yo me fui a Estados Unidos, él comenzaba a salir en la radio. Mi tío Germán, supe muchos años más tarde, fue la primera persona que recibió a mi padre la noche que ingresó en el hospital y se murió. Él llegó primero porque estaba en la redacción del diario *El Mundo* en el País Vasco.

Le dijo a mi padre: «Todo va a ir bien, Gonzalo». Y él respondió: «Yo solo espero que todo les vaya bien

a mis hijos, y a vosotros». Ser periodista en aquella casa, en tanto que me gustaba leer y escribir, en tanto que, como todos los demás, leía con el periódico si me tocaba comer sola, y peleaba como los demás el domingo por los suplementos, parecía para mí el camino a seguir. Lo tomé sin pensarlo demasiado, como si a mí también me pareciera natural. Y lo fue.

El último año de carrera lo hice en Italia con una beca Erasmus y puedo decir que fui feliz, aunque ese enero también muriera mi abuela y viajara sola desde el sur de Italia hasta Milán, y después hasta Bilbao, con la mayor incertidumbre del mundo sobre mi espalda. Con todo mi miedo. Aquel enero sabía que algo no iba bien, porque mi abuela me llamaba todos los días. Absolutamente todos. Y de repente dejó de hacerlo. Desde que ella murió no he vuelto a tener esa certeza de mundo que da el verdadero amor, el amor de quien realmente no quiere más que tu bien, sin condicionantes. Mis hermanos seguían siendo pequeños, mis tías seguían siendo jóvenes. Y yo me volví a Italia, de donde finalmente regresé con un amor que aún perdura por el país, la lengua y la literatura italiana.

Ya en Getxo, de nuevo, una familia, la mía, terminaba por desmembrarse por completo. Ya no hacía falta vivir en una casa tan grande, así que hubo una mudanza de nuevo. Mi hermano, que aún era pequeño, preguntó una noche: «¿Quién se va a morir ahora?»». Mi tía Paloma fue la única valiente, la única que respon-

dió, serenamente: «¿Por qué dices eso, Gonzalo?». Y Gonzalo dijo que porque siempre que se mudaba era porque se había muerto alguien. Ya se le había muerto su abuela ese año, pero él debía de imaginar que la muerte, él ya lo sabía, no se termina nunca.

Me fui a Inglaterra con mis amigas María y Nerea, un invierno. Cada una con su drama detrás, intentamos vivir solas, trabajar. Todo nos fue bastante mal, excepto en lo que respecta a la amistad. Invadimos la casa de nuestra amiga Cristina y su novio Andrew. Trabajamos en una residencia de ancianos porque fue el único trabajo que conseguimos. Aquel pueblo era Gloucester y no veíamos el sol. María y yo sentíamos una extraña devoción por nuestro trabajo.

Nerea no tanto. Pero María y yo realmente sentíamos lo que decía nuestra chapita: *care assistant*. Realmente creíamos en la palabra cuidado, en su verbo, creíamos en cuidar. Considerábamos que era esencial. Había un libro de Leonardo Wolf, que se llamaba así, *El cuidado esencial*, y lo leímos y nos pareció esencial.

Limpiábamos y alimentábamos a señores y señoras ingleses mayores. Y llorábamos por las esquinas. María y yo nos encontrábamos en una columna y nos contábamos la una a la otra las barbaridades que veíamos hacer a las *care assistants* inglesas, que por supuesto nos odiaban. «Fíjate, me he encontrado llorando al pobre Bob, porque lleva media hora sentado en el váter y la chica que le ha llevado no va a buscarle».

Mi favorita era Hilda Bougin, una señora impecable que pedía hasta perdón por hacer popó. Una señora cuyo marido había muerto en la Segunda Guerra Mundial. La primera persona a la que lavé, vestí, perfumé y llevé en su sillita a desayunar al comedor, pocos meses después de que mi abuela muriera. Ella me dijo cuando llegamos a su mesa: «Usamos unos baberos que están allí, en aquel cajón», y lo señaló. Así que hice mía a Hilda y siempre iba a despertarla cada mañana, y cada mañana la colocaba en su mesa junto a sus amigas e iba a por su babero.

Una vez, mientras me iba, la escuché decir a sus compañeras: «Le dije que usábamos baberito la primera vez, y nunca se le ha olvidado». La sonrisa que debía de tener yo mientras caminaba por aquel pasillo de la residencia de ancianos, por aquel olor y dolor, debió ser gigante, realmente enorme. Yo servía para algo. Hasta aquel entonces mis trabajos habían sido más ligeros. Había sido recepcionista, o algo así, en un centro de psicología y logopedia para niños. Vi niños con muchos problemas allí.

También di clases de apoyo a niñas de diez años de un colegio del Opus Dei, organización religiosa a la que pertenecieron mis abuelos durante varios lustros, más o menos hasta que se arruinaron, a finales de los años setenta o comienzos de los ochenta. Los Yanke fueron ricos hasta que yo nací. Y se notaba. Se notaba que se había vivido de otra manera y que tuvie-

ron que acostumbrarse a una nueva vida. No parecía dolerles demasiado. Mi abuela tiraba del carro; y, en aquella casa, siempre se valoró mucho el trabajo, la capacidad de sacrificio, la voluntad, el estudio, las buenas maneras, la educación... Las formas: ser amable y respetuoso, usar el gracias y el por favor con tanto gusto como se dice buenos días. «Nunca sabes quién puede estar viéndote en la calle», solía decir la abuela, o la Jefa, como la llamaban sus hijos, todos, también mi padre. Los abuelos eran la Jefa y el Jefe, y lo fueron siempre. Todavía ahora los llamamos así.

Cuando finalmente regresamos al País Vasco tras la aventura británica, las cosas no habían terminado aún de desmembrarse. María tardó poco en irse a Estados Unidos. Yo, alentada por mi tía Sonsoles, solicité plaza en el máster de Periodismo que daba la Universidad San Pablo Ceu en colaboración con el diario *El Mundo*, en Madrid. Recuerdo que le dije: «Pero si no tenemos dinero». Y ella respondió: «Dan becas. Tú inténtalo, y si no te dan la beca, pues ya veremos».

Pero me la dieron. Alguna bondad ha de tener la orfandad y, en mi caso, me ha permitido estudiar. Ese máster incluía unas prácticas en el diario y a mí me tocó en la sección de Nacional, donde me bautizaron como Rebecaria; fui becaria siete meses y volví a ser feliz, como en Italia. Estaba sola, como en Italia. Como en Inglaterra. Rebecaria era, sin embargo, más Rebeca que nunca.

Mientras aprendía a ser periodista leí poesía de forma compulsiva. Como si fuera mi única manera de estar viva. También lo dejé todo escrito. Escribí entre 2005 y 2010 un diario en Internet, *Tribecca*. Lo escribí todo: todas las personas que pasaron por mi casa, todo aquel al que entrevisté, los reportajes que hice, los viajes, las personas que conocí, los libros que leí, los dolores que tenía... Mi soledad era la de todos los que me leían. Conocí gente, hice amigos, fui a visitarlos, me visitaron a mí. Mientras tanto, en el periódico, tenía entonces la sensación de que crecíamos juntos. Nos enseñaban, y nos enseñábamos los unos a los otros.

Aprendimos que los jefes gritan, y que tampoco es para tanto, que si no puedes incluir cuatro cosas en un titular quizá vale con poner tres. Aprendimos a escribir lo que había que escribir, a callar cuando es necesario. A trabajar rápido, a comunicarnos por teléfono, a intentar, en cada reportaje, que todo fuera como debía de ser, aunque se estuviera hablando de tuercas y tornillos.

Aprendimos, en definitiva, lo que no estaba escrito. La redacción engancha. Engancha ese ruido. Los teléfonos, las voces, las risas y algunos aplausos que todavía escucho y que siempre provienen de la sección de Nacional, la que yo tuve la posibilidad de disfrutar cuando era becario. Luego he pasado por varios suplementos, casi todos relacionados con los jóvenes y la educación. Por mi tendencia personal a vivir intensamente la literatura, terminé también escribiendo a

menudo sobre libros, o sobre escritores, especialmente poetas, especialmente si son jóvenes. La redacción ya no es lo que era porque apareció el coronavirus, pero hemos aprendido mucho también teletrabajando, y andamos muchos con la sensación de que, en un futuro sin pandemia, si finalmente a lo largo de este 2021 se materializa la que tildan de la mayor campaña de vacunación de la Historia, lo idóneo sería un sistema híbrido de trabajo presencial y teletrabajo que permita conciliar mejor, vivir mejor, trabajar incluso más contento, quién sabe...

Personalmente, convertí el diario y la propia ciudad de Madrid en mi casa, y fui avanzando en la asimilación de mi propia historia. Comencé a tomar verdadera conciencia de lo que la muerte de tanta gente había significado en mi vida. Esto provocó que comenzara a escribir de otra manera, en otro diario virtual, esta vez más poético según el devenir que he podido observar con el tiempo (o han observado otros).

Ese blog se convirtió en libro en 2010. Se titula *Infinitos corpúsculos*. Ese mismo año tuve que volver a trabajar en mí. En esa asunción de vida que seguramente no haya terminado y que, a fin de cuentas, me ha llevado hasta aquí, no sé si en forma de huida o de destino implacable. Unos años después la muerte volvió a asomarse y nos quedamos sin el tío Germán, Germantxu, Germán Yanke. Yo iba pasando de sección en sección del diario hasta que encontré un lugar en el

equipo de Sociedad, donde descubrí que lo mejor del mundo era escribir sobre las personas, sobre las vidas de quienes lo intentan y sobre conceptos que se nos iban olvidando, como la amabilidad, las buenas maneras y las intenciones vitales.

Sé que cambié, que para sobrevivir me despojé, me quité hipersensibilidad y hasta me endurecí, pero sobre todo me silencié. A medida que las redes sociales se iban desarrollando me parecían cada vez menos interesantes. Y menos me apetecía compartir de mí. Pero esta introspección me ha permitido muchísimas cosas también, sin las que ahora posiblemente no estaría aquí escribiendo esto, dispuesta a soltar un chorro de intenciones, de potencialidades y deseos, de líneas que espero sirvan para algo a alguien. Solía decir, antaño, que a mí de las personas me interesaban sus intenciones. También solía pensar que cualquiera, o todos, tenemos prejuicios, pero que lo importante era no dejarse llevar por ellos.

Ahora suelo pensar que lo que más me importa en la gente es su sentido de la justicia y su valentía, su capacidad para la aventura, para comenzar nuevas cosas, para intentarlo, una vez, otra, otra vez más... Sé que no está la película para pedir demasiado, sé que acabamos de vivir un año morrocotudo, pero precisamente por eso habrá que seguir intentándolo. De la conjunción de lo personal y profesional, de mi absoluta fe en que intentarlo merece la pena, surge este libro.